

LAS PALABRAS DE MARÍA DE NAZARET: ESBOZO DE UNA MARIOLOGÍA CRÍTICA

Existe una discrepancia sorprendente entre el valor teológico de la figura de María y la forma como su figura se ha desarrollado y se encuentra presente en la praxis eclesial y en la espiritualidad creyente. En María ha descubierto la tradición católica una feminidad capaz de revelar a las mujeres que su lugar en el mundo es distinto del de los varones, tanto en la Iglesia como en la sociedad. La feminidad católica tradicional presenta a María como icono del sacrificio y del silencio femeninos libremente aceptados. Me propongo explorar la figura de María desde una perspectiva bíblica. María es, después de Jesús, el personaje más activo de los evangelios. Aparece en nueve escenas distintas. A pesar de ello, la imagen tradicional de María está asociada a la quietud y, sobre todo, al silencio. A María le ha sucedido lo que sucede a tantas mujeres: sus palabras son infravaloradas. Este artículo intenta remediar esto y dar a conocer a la María de Nazaret que toma la palabra.

Iglesia Viva, 280 (2019) 45-58

Existe una discrepancia sorprendente entre el valor teológico de la figura de María y la forma como su figura se ha desarrollado y se encuentra presente en la praxis eclesial y en la espiritualidad creyente. María se concibe como modelo para el seguidor de Jesús, independientemente de si este es varón o mujer, mas se reconocen como atributos femeninos tan explícitos y potentes, que la praxis eclesial y la devoción popular los han asociado y los siguen asociando de forma preeminente con las mujeres. De ahí que, para compensar la feminidad mariana, los atributos crísticos, de acuerdo con el sexo de Jesús, se conciban como

atributos masculinos. Tanto Jesús como María son dogmáticamente modelo para cada creyente en su obediencia, su fidelidad, su caridad, su disponibilidad, su coraje profético, su entrega, su determinación, su dulzura, su humildad, su alegría y su libertad, mas ambas figuras no son igualmente presentadas como modelo para mujeres y varones. Las mujeres nos sentimos llamadas por la tradición y por la praxis eclesial actual a meditar las palabras y los hechos de Jesús para aplicárnoslos a nosotras mismas tanto como los varones. No ocurre así, sin embargo, con María. En María ha descubierto la tradición católica una feminidad capaz de

revelar a las mujeres que su lugar en el mundo es distinto del de los varones, tanto en la Iglesia como en la sociedad. La feminidad católica tradicional presenta a María como icono del sacrificio y del silencio femeninos libremente aceptados; nos invita a reconocer a las mujeres como propio el segundo plano, la retaguardia: estar ahí, sabiéndose fundamentales para la marcha del mundo, pero sin destacar, sin aspirar al primer plano, a la visibilidad que corresponde a los atributos propios del varón.

La asociación es asimétrica: a mujeres y varones se nos exhorta a identificarnos con Cristo, pero a las mujeres se nos veta la identificación visible (litúrgica) con Cristo en la dinámica sacramental de la Iglesia. La identificación con María se define dogmáticamente como aplicable a todo creyente y al conjunto del ser eclesial, mas se reserva en la práctica para mujeres y se vehicula a través suyo una feminidad estereotipada que no se corresponde con el testimonio de María que ofrecen los evangelios.

De eso tratará el presente artículo: del testimonio de María que nos ofrecen los Evangelios. Me propongo explorar la figura de María desde una perspectiva bíblica. María es, después de Jesús, el personaje más activo de los evangelios. Aparece en nueve escenas distintas: la anunciación, la visitación, el nacimiento, la huida a Egipto, la presentación en el templo, el niño Jesús perdido, cuando los parientes de Jesús van a buscarle, en las bo-

das de Caná y en la crucifixión; en cuatro de estas escenas, María toma la palabra. Si tenemos en cuenta el número de palabras pronunciadas, solamente Juan Bautista y Zacarías superan a María en el conjunto de los cuatro evangelios. Mas María es quien más activa está en los evangelios si tenemos en cuenta tanto los hechos como las palabras. Sin embargo, se la asocia a la quietud y, sobre todo, al silencio. Como le sucede a tantas mujeres: sus palabras son infravaloradas.

Una pregunta crítica: ¿Cómo podrá suceder esto, si no vivo con ningún hombre? (Lc 1,34)

Una pregunta crítica, he aquí la primera intervención de María. La pregunta paralela del anciano Zacarías (Lc 1,18) conlleva una desconfianza que las palabras de María no transmiten. María pregunta *cómo se realizará* lo que el ángel le anuncia; Zacarías, en cambio, pregunta *cómo sabrá que es cierto* lo que el ángel le anuncia. En el evangelio aparecen muchas preguntas: preguntas simples, preguntas críticas malintencionadas y preguntas críticas bienintencionadas. La primera intervención de María pertenece a este último grupo, que está formado solamente por cuatro preguntas en el conjunto de los cuatro evangelios: las preguntas de María y Zacarías, una pregunta de Pedro (*nosotros, que hemos dejado cuanto teníamos y te hemos seguido, ¿qué vamos a recibir?* [Mt 19,27]),

y una pregunta de Tomás (*Señor, no sabemos a dónde vas: ¿cómo vamos a saber el camino?*) [Jn 14,5])

La comparación entre la pregunta de María y las preguntas de Zacarías, Pedro y Tomás, nos permite vislumbrar la calidad del testimonio de María y la forma en que ella puede inspirar nuestra vida de fe, tanto si somos varones como mujeres. Zacarías, sacerdote del templo de Jerusalén en ejercicio de sus funciones litúrgicas, se sitúa mal ante Dios: pretende reducirlo a sus esquemas mentales, aspira a controlar la acción de Dios en él. Este deseo de control intelectual lo deja mudo, sin palabras, incapaz de comunicar a los demás el mensaje del ángel. Por su parte, Pedro, discípulo a quien Jesús le acaba de prometer las llaves del Reino del cielo (Mt 16,19), también se sitúa mal: busca una compensación adicional al hecho de gozar de la intimidad con Jesús y colaborar con él. Finalmente, la actitud de Tomás combina el error de Zacarías y el de Pedro. Como Zacarías, Tomás reduce el mensaje de Dios a sus propias categorías mentales. Como Pedro, Tomás espera ‘algo más’, Jesús no le basta. En contraste con estos varones, María no busca alcanzar a Dios cognitivamente, ni tampoco espera recompensa, mas no por ello se convierte -como se afirma frecuentemente- en un instrumento en manos de Dios. Dios no manipula instrumentos para llevar a cabo su tarea de redención. Dios invita a personas y las interpela de forma máximamente respetuosa con su

dignidad humana plena. Así nos trata a cada una y cada uno. Así trató a María. Y así, digna y libremente, supo responder ella.

Las primeras palabras de María entroncan con uno de los temas de fondo del feminismo clásico y contemporáneo: la mujer definida en función del varón, la mujer que se valora a sí misma y es valorada socialmente en función del varón que supuestamente la protege y sostiene y le permite tener un objetivo vital y una tarea específicamente femenina: la de cuidar del varón y estar en la retaguardia, animándole, inspirándolo, colaborando con sus responsabilidades públicas desde la discreción del segundo plano. La pregunta de María es literal (*¿cómo podré quedarme embarazada sin conocer varón?*) pero permite también una interpretación más amplia: *¿cómo podré ser agente de redención por mí misma, sin un varón?* Tanto para varones como mujeres, este puede ser el primer paso en el camino de la fe: situarse correctamente ante Dios implica desvincular a las mujeres de la dependencia del varón. María no es aquí la nueva Eva sino el nuevo Abraham, a quien se pide un acto de fe radical que constituirá un pueblo.

Una opción de vida: Soy la esclava del Señor ¡Que Dios haga conmigo como me has dicho! (Lc 1,38)

El ‘hágase’ de María (*fiat mi-*

hi) establece un paralelismo con el 'hágase' que Dios pronuncia al principio de la Creación (*fiat lux*). María da a luz la Luz y nos invita a hacer lo mismo, cada uno a su manera. Ahí radica la 'maternidad ejemplar' de María. La Luz del mundo, el sentido del mundo permanece ausente de mi vida sin la participación libre y activa. Hete aquí el *principio mariano*. Por esto, aunque a primera vista pueda sorprender, considero que el *principio mariano* es esencial para que el *principio crístico* pueda ser creíble en el siglo XXI, ya que solamente un Dios que no sustituye lo humano, sino que lo que respeta hasta depender de ello para actuar en el espacio y el tiempo es compatible con la autonomía del mundo. Creo que Dios actúa continuamente en el mundo, mas nunca como fuerza invasiva, sino solamente pidiendo, como hizo con María, ser acogido.

La segunda palabra es una opción de vida. María toma una decisión. Explícita y verbal en Lucas; cordial y sin palabras en Mateo. María acepta libremente. Considero este punto fundamental. La suya es una maternidad libremente aceptada, aunque quizás la aceptó no de la manera formal como la describe Lucas, sino de la forma como podemos aceptar libremente el amor a nuestros padres, por ejemplo.

La determinación de María no está libre de riesgos. ¿Cómo podrá justificar María su embarazo ante su prometido José? Mateo nos in-

forma que José, que era un hombre bueno, toma la decisión de romper en secreto su compromiso con María. José sabe que él no es el padre, pero desea proteger a María de la lapidación. Que el prometido rompiera la alianza en secreto se interpretaba como un reconocimiento de que había sido él quien había dejado embarazada a la novia. El hecho de que José no denuncie a María conduce a la conclusión de que el padre es él y que es un irresponsable. José decide asumir esa vergüenza pública para evitar que María sea lapidada. Sin embargo, tras la revelación angélica (Mt 1,20-25), José se convence de que el embarazo de María tiene un origen divino y la acepta como esposa. Este desenlace no podía preverlo María.

María se arriesga; como la viuda pobre del evangelio, lo da todo; su *Fiat* a Dios equivale a poner su vida en riesgo de una forma inmediata y literal. Cuando pronuncia su *Fiat*, esta joven no es un instrumento pasivo en manos de Dios; es una mujer consciente que anticipa el gesto de entrega que Jesús realizará en el Cruz, fiándose de Dios de un modo absoluto. La determinación de María no es una decisión puntual; es una determinación existencial, es la opción de vida que Dios espera de todo creyente. Estamos llamados a ser como María, pero más bien somos como Zacarías, como Pedro, como Tomás: ¡si no lo entiendo, si no lo veo, no lo creo! (Jn 20,25).

Un canto de alabanza. El canto del Magnificat (Lc 1,46-55)

No es la conciencia sacrificial lo que predomina en María sino el gozo, la alegría inmensa de saberse interlocutora y colaboradora de Dios. *Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador* (Lc 1,46). ¿Cómo puede ‘engrandecer’ o ‘magnificar’ María a Dios, su Señor? ¿Cómo podemos dar gloria a Dios que es el origen de toda gloria, de toda grandeza y de toda magnificencia? Y, sin embargo, así es. La tradición tanto judía como cristiana vincula de forma sorprendente la majestad de Dios y la petición de amistad que dirige a los hombres y mujeres que él mismo ha creado: *Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; os llamo amigos, porque os he dado a conocer todo lo que mi Padre me ha dicho* (Jn 15,15).

María ha entendido esto. Por ello, tras su conversación con el ángel, no solamente no queda muda como el sacerdote Zacarías, sino que pronuncia uno de los cantos más bellos de toda la Biblia. Un canto que demuestra un conocimiento profundo de la tradición de Israel y afirma sin ambages la parcialidad de Dios para con los pobres. Porque se sitúa correctamente (con total confianza) ante Dios, María recibe una conciencia de sí liberada y gozosa. Dios es a la vez todopoderoso y peticionario de la amistad humana. María es a

la vez humilde y portadora consciente de las maravillas de Dios.

La humildad de María no solamente es compatible con la asertividad más profunda sino que es su fundamento. ¿Cómo menospreciarse? ¿cómo encogerse avergonzada ante la propia miseria, cuando es Dios mismo quien la acoge amorosamente? La exposición del corazón ante Dios, con todas sus contradicciones, libera y confiere una fuerza sin parangón, que es la que sostuvo a María al pie de la cruz. Allí, María no pronunciará palabra, pero no se achicará ni se desmoronará. Se mantendrá en pie mientras ve agonizar entre las burlas de la soldadesca a su hijo-Dios.

La experiencia íntima de ser amada personalmente por Dios no desvincula a quien la vive del compromiso por la justicia social, sino que lo alienta y robustece. María es una mujer del pueblo y no se concibe a sí misma desvinculada de los demás; el gozo de su canto no es solamente por ella, por su salvación personal, sino porque cree que en su embarazo han empezado a cumplirse para todo el pueblo las promesas de plenitud hechas a Abraham.

Una queja razonada. Hijo mío, ¿por qué me has hecho esto? Tu padre y yo te hemos estado buscando llenos de angustia (Lc 2,48)

Con esa pregunta y la angustia

que expresa deja claro que por muy llena de gracia que fuera no fue la suya una vida regalada. Su experiencia de Dios y su intimidad con Jesús no protegieron a María de los altibajos que conforman toda vida humana, incluso en relación con su hijo. María perdió a Jesús y lo reencontró. Se abre la posibilidad de imaginar a María en desolación espiritual, como lo estubo en el mismo Jesús en el huerto de Getsemaní: *En medio de un gran sufrimiento, Jesús oraba aún más intensamente, y el sudor le caía al suelo como grandes gotas de sangre* (Lc 22,44).

Creo que la angustia de Jesús revela una plenitud humana capaz de desarmar en su autenticidad y en su desnudez al corazón más endurecido. María no es la Luz, pero está llena de ella, sin oscuridad. También en María el dolor y la angustia no obedecen a la desconfianza hacia Dios ni a la falta de fe, sino que son expresión de su sensibilidad humana, que la gracia no oblitera ni reduce, sino que potencia a máximo.

Cuando Ignacio de Loyola o Teresa de Jesús hablan de indiferencia hacia todo lo creado, entiendo que se refieren al deseo de poseer algo de lo creado o de afirmarse a sí mismos a través de ello o en referencia a ello. El desasimiento radical forma parte del camino espiritual de todas las grandes tradiciones religiosas, cristianismo y budismo incluidos. Mas una cosa es sufrir por verse mermada una misma en sus expec-

tativas, deseos o necesidades y otra muy distinta sufrir por amor, entendiendo como amor auténtico y libre que hace vibrar el corazón por el bien del otro, sufrir con sus penas y alegrarse con sus gozos. Y no poco, no de una forma discreta y de poco ímpetu, sino con una fuerza proporcional a la capacidad de amar. Así es como imagino la experiencia sensible de Jesús y María: intensa y rica en matices, para nada apática o indiferente al dolor y gozo ajenos.

En el *¿Por qué?* de María están anticipados todos los porqués del corazón humano que sufre por la lejanía de Dios y se fatiga buscándole. Un último detalle de la escena: ambos padres sufren la angustia de la pérdida del hijo, lo buscan con todas sus fuerzas durante tres días y lo hallan finalmente en el Templo. Sin embargo, en el momento del encuentro no es José, el padre, quien toma la palabra como quizás sería de esperar. Debe tenerse en cuenta que Jesús en esta escena tiene ya doce años; ya ha salido del ámbito del control materno para introducirse en el mundo de los varones. A pesar de ello, cuando le hallan en el Templo no es José sino María quien toma la palabra y habla por los dos.

María se ha definido vitalmente como mujer sin recurso a un varón y actúa ahora igualmente sin dependencia hacia el varón en el ejercicio de su maternidad. José no queda ni mucho menos anulado por ello, pero sí desplazado del lugar de dominio. María y José es-

tán en un mismo plano: ‘tu padre y yo’ (Lc 2,48).

Una petición. Ya no tienen vino (Jn 2,3)

Cambiamos de evangelio y de contexto. Dejamos atrás las escenas de la infancia de Jesús narradas por Lucas. Juan desarrolla una forma propia de dar testimonio de la maternidad de María: no su maternidad biológica, sino la espiritual. En el contexto de las bodas de Caná, María resulta decisiva para que Jesús inicie su vida pública. María hace posible el primer signo/milagro de Jesús, identificándose de nuevo con la amada del Cantar, ya que, en el relato de las bodas de Caná ya que, los que en realidad consuman su unión son Jesús (Dios) y María (su pueblo). El pueblo (María) expone confiadamente su necesidad y Dios (Jesús) hace brotar la vida plena en él, transformando su cotidianidad (agua) en fiesta (vino).

Sin embargo, esto no ocurre sin insistencia por parte del pueblo (María). La fe no es suficiente. Hace falta la perseverancia. La primera respuesta de Jesús es cortante. Pero María no se corta. Ignora la brusquedad de su hijo y actúa. Es decir que, además de la fe y la persistencia, en la escuela de oración de María aprendemos también a tomar la iniciativa.

Ya no tienen vino. María nos enseña a orar enraizados en la

constatación de las necesidades de los demás. Quedarse sin vino en medio de una fiesta de boda representa un fracaso humillante desde el punto de vista social. María, cuya fe y disponibilidad hicieron que la identificáramos con el patriarca Abraham en la escena de la Anunciación, se identifica aquí con Moisés y con la voz de los profetas que hablan en nombre del pueblo presentando ante Dios sus necesidades e intercediendo por él. Para Juan, el vino representa la sangre derramada de Jesús. *Mujer, ¿por qué me lo dices a mí? Mi hora aún no ha llegado* (Jn 2,4). Llegará en la cruz (Jn 12,23; 16,32).

La oración de intercesión de María -y la nuestra- se inicia con la constatación de una necesidad práctica (de vino, de comida, de alimento, de sanación, de liberación), pero no se queda ahí. La necesidad particular nos conduce al reconocimiento de una necesidad básica que es común a todos: nos falta la vida de Dios simbolizada por el vino-sangre que se vierte en abundancia en las bodas del cordero (Ap 19,6-9).

A diferencia del antiguo pueblo de Israel (Is 43,8; 44,18) y del nuevo pueblo eclesial (Mc 8, 17-18), María tiene ojos que ven, oídos que oyen, entendimiento que entiende. Me enseña que no me puedo acercar a Dios sin llevar en el corazón el sufrimiento de mis hermanos y hermanas, sin hacerme solidaria con ellos y ellas. Me enseña que no hay fórmulas prefijadas en la oración que puedan funcionar co-

mo un sustituto de los ojos abiertos. El enraizamiento en la realidad cotidiana y concreta es, a la vez, fruto y fundamento de la oración.

Un mandamiento nuevo, que debe ser discernido personalmente. *Haced lo que él os diga* (Jn 2,5)

El mandamiento nuevo, en el relato joánico del lavatorio de los pies durante la última cena, es la última recomendación de Jesús en su misión: *Os doy un mandamiento nuevo: Que os améis los unos a los otros. Así como yo os amo, debéis también amaros los unos a los otros* (Jn 13,34). En él condensa Jesús su misión y su mensaje. No se trata de un mensaje con un contenido dogmático o doctrinal. Se trata de fiarse de una relación, de la relación con él; se trata de establecer con él una verdadera amistad en respuesta a su amor que llegó primero y se mantiene siempre fiel.

Y esto es precisamente lo que hace María. Amar a los novios de Caná tal como Jesús nos ha mandado, preocupándose personalmente por su bienestar, anticipando, haciendo suyo su apuro y actuando en la medida que le es posible para solucionarlo. Y aquí llega la sorpresa, pues María, que anticipa el mandamiento nuevo, no se fía de sus propias fuerzas. María recurre directamente a Jesús. ¿Cómo podemos amar realmente

como Jesús nos ama? La respuesta es que no podemos. María de Nazaret lo sabe y por eso recurre a Jesús tan confiadamente. Tras el rechazo de él parece que no se inmuta. El pasaje refleja de una forma sencilla un diálogo vivido por cualquier hijo ante su madre, cuando esta le importuna con demandas que él considera fuera de lugar y la aleja con una respuesta hostil, para que le deje en paz. Es desconcertante, sin embargo, que María, tras este rechazo, se vaya derecha a los sirvientes y les diga: *Haced lo que él os diga*.

María discierne y no podemos simplemente imitarla, debemos -como ella nos muestra- discernir también nosotros de una forma personal. ¿Qué significa obedecer el mandamiento y amar como Jesús nos ama? Eso debe discernirlo cada uno personalmente. No es posible cumplir el mandamiento nuevo siguiendo una pauta de conducta preestablecida. María discierne y en su discernimiento entran elementos que desconocemos. Nunca sabremos qué pasó por la cabeza y el corazón de María en ese momento, mas lo que importa es que entre el diálogo que nos reporta el evangelio y la acción de María existe un hiato que corresponde al discernimiento de ella. Es su responsabilidad personal: María vuelve aquí a mostrarse libre y asertiva... y humilde. No se fía de sus propias fuerzas, sino que confía sin reservas en Jesús, aunque no siempre lo entienda o reciba de él lo que espera.

Una nueva imagen de María

Del análisis de las palabras de María en los evangelios emerge un perfil de mujer que difiere de las imágenes popularizadas por la mariología de los últimos siglos. Coincidiendo con la Modernidad y la Reforma, las mujeres no ganamos, sino que perdimos poder: las mujeres de la época medieval tenían un grado de autonomía y unas responsabilidades sociales mayores que las mujeres de la época moderna. Las imágenes de María de Nazaret se desarrollaron de forma acorde: las majestuosas maternidades románicas y góticas dieron paso a vírgenes Inmaculadas de aspecto añorado. A pesar de ello,

la María poderosa y maternal no ha desaparecido nunca del culto popular. Este artículo ha mostrado su enraizamiento en el texto evangélico y ha descubierto dimensiones de María capaces de inspirar y precisar profundizándola la experiencia de fe contemporánea. El mandamiento nuevo de Jesús es ‘Amaos los unos a los otros como yo os he amado’. El de María: ‘Haced lo que él os diga’, pero hacedlo sin suprimir las preguntas críticas, con radicalidad, con júbilo, sin disimular el propio dolor o las propias dificultades, intercediendo por los demás y, sobre todo, discerniendo de forma personal qué significa para mí, concretamente, aquí y ahora, amar como Jesús me ama.

Condensó: Sergio Gadea

Una teología católica de la migración no formula simplemente una teología sobre la migración. Más bien, con la migración como luz de búsqueda y como *locus theologicus*, reconsidera los *loci theologici* tradicionales y plantea una pregunta fundamental: ¿Cómo las concepciones tradicionales de la fe cristiana son cuestionadas por las migraciones y las experiencias de la persona migrante? A la luz de la migración y de las características existenciales de nuestra condición humana, una teología de la migración pregunta: ¿Quién es Dios (teología trinitaria)?, ¿quién es Jesús (cristología)? ¿quién es el Espíritu Santo (pneumatología)?, ¿quién es un ser humano (antropología)? ¿qué hace al cristiano (espiritualidad)?, ¿qué es la salvación (soteriología)?, ¿qué esperamos (escatología)?, ¿qué es la Iglesia (eclesiología)? ¿cómo practicamos el culto (liturgia y sacramentología), ¿cómo nos relacionamos con los no cristianos (diálogo interreligioso)?, ¿cómo nos comportamos (teología moral)? (...) ¿Cómo teologizamos (teología)?.

P. C. Phan (2014), “Embracing, Protecting, and Loving the Stranger: A Roman Catholic Theology of Migration” en *Theology of Migration in the Abrahamic Religions*, Palgrave Macmillan: Elaine Padilla & Peter C. Phan (eds.), p.96 (Traducción)